

Prevalecen el cuidado del lenguaje, las soñadas realidades, reversibles con una sola palabra, que no se dice, porque el autor la oculta, sin duda, para que el lector, en su intimidad invente otro desenlace y convierta la obra en una breviario de amor, en un problema, tal vez sin solución.

VICENTE MENGOD

<https://doi.org/10.29393/At451-28TPAC10028>

TIEMPO DE POESIA

De *María Silva Ossa*

Ediciones del Grupo Fuego de la Poesía, 1984

Al comenzar la lectura de un libro de poemas nuestro anhelo más íntimo es descubrir entre sus páginas otro poco más de poesía. Y aun cuando esto pudiera considerarse una paradoja individual, pensamos que ello no es así. La verdad sea dicha: encontramos que entre los modos de estilos y estructuras que presentan muchos autores no fluye, como debiera, el elemento poético o la compleja sustancia que compone su materia. Es que lo que dicen los poetas se vincula, quieras o no quieras, con las esencias del ser y por tanto es el hombre el que habla a través de ellos de sus preocupaciones más importantes. No existe la palabra poética aun cuando se acumulen versos y estrofas con ese fin si ella no está ligada a un encantamiento impresionado. Heidegger, que ha clavado hondo sobre el tema, ya nos lo había advertido. El juego en que imágenes y símbolos se persiguen ajenos al ser mismo no es poético en sí por estar huérfano de su fundamento. Porque la poesía no es una creación para deleitarnos con alianzas de conveniencia; tampoco un estallido que sólo nos delumbra. Al revés, ella, como propiedad fundamental de la existencia, necesita devenir de dicha instancia y hacia la que debemos ir cueste lo que cueste. De tal manera, cuando los impulsos poéticos, es decir, esa pretensión de aportar algo más al poetizar, se quedan únicamente, en brotes o aproximaciones de su fenómeno y del elemento lírico, sentimos que algo supremo se ha quedado sin realizar. Y lo sentimos puesto que se ha perdido un intento, una experiencia más que no ha logrado concretar su ambición.

Pero ¿a qué viene todo esto frente al libro *Tiempo de Poesía*, de María Silva Ossa? Pues a algo muy simple: es que aquí, a simple vista, hallamos a un poeta que nos trasmite la plena posesión de un mundo poético visible, táctil, que asienta honduras de las que brotan atributos líricos crecientes salidos desde una vida interior que afirma sus caracteres peculiares. Es tal una complicidad repentina entre las experiencias vividas y las profecías del sueño que alimenta una fe en la revelación de las cosas. En resumen, la poetisa ha logrado superar los convencionalismos que siempre yerguen sus amenazas y, sin desinteresarse por nada, se conduce entre los medios más útiles para afrontar las contradicciones de la realidad.

Este *Tiempo de Poesía*, que es una apropiada antología de la obra de la autora,

actualiza su desarrollo poético, o mejor dicho, el proceso seguido desde la publicación de *Cuento y Canción*, en 1941. Tal vez lo que nos conduce a contemplar con entusiasmo esta poesía sea la certeza de que ella nos lleva hacia los hechos de cristalización o de apresamiento del ámbito que salvan las causas que sobreviven al hombre: el amor y la ternura. Dentro de las distintas épocas o etapas que atraviesa este mundo lírico de María Silva Ossa y, aun en los tonos más agudos o menos agudos de sus giros, sobresale esta instancia del ser. Este repertorio de pureza desmorona cualquier impresión banal puesto que la radicalidad del sentimiento no se afirma en las angustias anímicas sino en esa plena maduración del amor que es capaz de echar abajo la soledad y la frustración. Los poemas que se recogen en la antología adquieren su genuinidad pues logran ir más allá de la historia humana del poeta, tras un afán de concentración última fundida en la expresión del amor y la ternura.

El poeta necesita hacerse de esta ternura por un doble deber superior; primero: el de trascender la experiencia para no quedarse sólo en ser soplo intelectual o detrás de una invención sublimada de la realidad, en un intento de idealización que a ella no le basta; segundo: para mostrar que no existen otras formas de ternura que aquellas que, como decía Santayana, emanan de "La armonía vital", es decir: de los valores puros que envuelven la vida del ser. La ternura para el poeta no radica sólo en un ímpetu para salirse del hábito ni para esclarecer sentimientos descubiertos por canales de percepción. La ternura es para ella algo más que eso; dentro del orden en que se establece para cuestionar una realidad inmediata la revela como una norma superior de la existencia. O como el medio más seguro para que el corazón pueda seguir sus impulsos nobles en que sin ser ajeno a cualquier tradición de éxtasis se afirma mucho más en el vigor de su energía interior.

Esta forja de ternura define, también, el rango que el poeta concede al sentimiento amoroso, los dos ejes maestros en que se mueve la poesía de María Silva Ossa en esta muestra antológica de su obra. Como quería Rilke, en este arte se desarrollan los instrumentos de una ternura que avanza para aliarse al amor hasta formar una mezcla de sangre y ser que provoca la palabra poética. Esto se advierte desde aquel velado tono mistraliano de su primer libro en el cual las formas de la canción superan el uso del romance: "Hoja de mi huerto,/raíz de mi surco;/él llegó una tarde/a clavar tu mundo". En una hora muy confusa de las expresiones o lineamientos poéticos ella logra crear su propio compuesto y dejar atrás las reminiscencias nerudianas y las de los poetas españoles de la generación de 1927. La vemos dueña de una coherencia lírica afirmada en una variedad de lo sensible que se torna en un vínculo con la percepción como otras experiencias aparecidas más tarde. En 1942, nos había dicho: "Latiendo en tu luz sin ser tu aceite;/pasando sin entrega entre tu vida,/ sin que me sepas tuya, ni apartada". Otros poemas de *En La Posada Del Sueño* destacan estas personales formas de la ternura y del amor en María Silva Ossa "Lo esperé con la tarde en una mano", anota en otro de sus arranques y, al contrastar la realidad con esa cierta indocilidad mística que es otra de sus constantes, exclama: "Quiero lavar/en el agua del día/mi paso fugaz/por la materia".

En *Raíz*, su libro de 1965, la poetisa busca apoyo en otras instancias de la vida. Anhela ir hacia ciertas fronteras de la materia y vive uno de los más altos momentos de su

poesía: "el muro es tan alto/como el destino del hombre;/ pero el hombre y la muerte/caben en un solo guante". No hay duda que ha comprendido la realidad de su tiempo y se sumerge en un periplo vivencial que quiere pensar en regiones inesperadas: "Cómo escapar del ser/Encerrada en lo que soy,/juego a ser/mi propio títere,/pero, al aislarme de mí/dejo/de ser mi condición". Más tarde, en los poemas de *La Ciudad y los Signos*, busca enfrentamientos decisivos con la metafísica en pos de una entidad que para ella se abre distinta cada mañana y choca una y otra vez contra el cristal de la materia: "¡Oh, dominguera! ¡Seca higuera sin flor,/púber gastado!/¡Cuánta sopa en un hueso!/ ¡Cuánto perro colgado de tu noche!".

Esta poesía tiene, también, otras insistencias y afanes. Uno de ellos es el de restablecer los valores de hoy con los de otros tiempos por medio del instrumento de la contemplación y la evocación. María Silva Ossa lo entiende así en sus inéditos *Poemas de Londres*. A través de ellos la vemos hundida en una realidad más inmediata, entre un alrededor fascinante al que por otro lado se agregan los recuerdos, la existencia y conciencia de la temporalidad humana, esas destilaciones opresivas de la interioridad, de la metafísica. La poetisa al contar lo que ve no logra evadir la aventura de los hechos, la de sus memorizaciones que, como señales predilectas, la siguen en una armonía que se anuda a la memoria. En uno de estos poemas londinenses se dejan ver algunos otros contornos de la existencia: "Ahora comprendo la nostalgia/al separar mi tiempo/de tu fina materia".

Este *Tiempo de Poesía* ha dado lugar para actualizar y seguir profundizando interpretaciones sobre una poetisa y un poetizar en que, como pocas veces, la radicalidad más visible se encuentra en el sentimiento de ternura y en la constatación del amor humano —que a veces revela síntomas de exaltación mística— en aclimataciones que no es común observar muy a menudo.

ANTONIO CAMPAÑA

UNIVERSO PRIVADO

De *Luis Merino Reyes*

Ediciones del Grupo Fuego de la Poesía, 1985

El primer libro poético¹ de Luis Merino Reyes se publica, precisamente, cuando estalla la guerra civil española. Es la impronta que va a marcar la obra de no pocos poetas y narradores chilenos nacidos entre 1910 y 1920. El problema de España, casi tan nuestro como el de los propios españoles, se sitúa dentro del hombre americano y le traspasa sus acontecimientos y significaciones en una estrecha relación de angustia existencial. Esta correspondencia los acerca a una realidad inmediata en cuanto individuos e intérpretes

¹*Islas de Música*, Ed. Nascimento, Santiago, 1936.